

# El legado del rosario milagroso en los escritos de viaje de sor Ana de Cristo hacia Filipinas

Un manuscrito inédito, escrito por sor Ana de Cristo, alude a los sucesos notables acaecidos en el viaje de un grupo de monjas hacia Nueva España y Filipinas, donde fundaron el primer convento del Extremo Oriente. Atribuye curaciones y prodigios a unas cuentas tocadas a los rosarios milagrosos de sor Juana de la Cruz. Es además la primera biografía de sor Jerónima de la Asunción, fundadora y primera abadesa del más antiguo convento de Manila.

*Palabras clave:* rosarios, franciscanos, Filipinas, Santa Clara, viaje.

22 |

**E**n 1620 un grupo pequeño de monjas españolas emprendió una odisea que les llevaría al otro lado del mundo. Sor Jerónima de la Asunción (1556-1630), la futura abadesa del primer convento de Filipinas (y del Extremo Oriente), ordenó a sus religiosas que fueran ligeras de equipaje, ya que se proponía fundar un convento bajo la Primera Regla de Santa Clara, lo cual implicaría guardar una estricta austeridad y pobreza, muy diferente de su convento original de clarisas en Toledo, que exigía dote y permitía criadas.<sup>1</sup> Esto significó que, durante el periplo, el grupo rechazó muchos regalos ostentosos, como imágenes religiosas, retablos, crucifijos, relicarios y otras cosas curiosas. Sin embargo, su pequeño séquito de fundadoras sí llevaba consigo algo muy importante para el viaje: los rosarios benditos de Juana de la Cruz (1481-1534), la mística franciscana de Cubas (parroquia de Madrid). Las cuentas milagrosas contenían poderes especiales que, en el momento oportuno, evitaron tormentas peligrosas, soplaron viento en las velas, calmaron a una esclava suicida, e incluso —cuando las molieron como medicina— salvaron a sor Jerónima de una enfermedad mortal. El legado de las cuentas benditas y cómo se relacionan con el viaje de estas monjas, así como la escritura milagrosa, forman la base de este estudio.

\* College of Charleston. Department of Hispanic Studies.

<sup>1</sup> Para más información acerca del convento de Santa Isabel de los Reyes en Toledo, véase "Santa Isabel de los Reyes (Toledo) en el siglo xvii. Datos para su historia", en *Archivo Ibero-americano*, vol. 54, núms. 213-214, 1994, pp. 511-544. Véase también Reginald D. Cruz, "Servir a Dios en Recogimiento: Religious Life as Woman's Space in the Archdiocese of Manila (1590-1700)", tesis doctoral, University of the Philippines, 2009, pp. 184-188, que habla de la observancia de Santa Isabel y cómo se cambió de beaterio de la tercera orden a convento de la Primera Regla y después a la Segunda Regla (también conocido como urbanistas).

El pintor Diego Velázquez immortalizó a sor Jerónima de la Asunción en el retrato que pintó de la monja cuando pasó por Sevilla camino a Manila (hoy día conservado en el Museo del Prado de Madrid). Este retrato natural la representa con un crucifijo y un breviario; las manos venosas y cara arrugada revelan su edad avanzada, pero la mirada de hierro muestra su osadía para aventurarse al otro lado del mundo. A pesar de la fama de esta pintura, muchos especialistas de la escritura conventual no saben que también existe un manuscrito sobre este mismo viaje épico que comenzó en Toledo y condujo a las religiosas desde el puerto de Cádiz a México, donde permanecerían seis meses antes de zarpar a Manila. La autora del manuscrito de 450 folios, sor Ana de Cristo (1565-1636), fue una de las fundadoras con sor Jerónima, y empezó a escribir su primera biografía después de llegar a Filipinas.<sup>2</sup> La mayor parte de ese manuscrito se compuso entre los años 1623 y 1626, pero hay una sección al final datada en 1629. Dentro de sus escritos, sobresalen referencias al foco de devoción hacia Juana de la Cruz y sus rosarios milagrosos, los cuales tienen una íntima conexión con la construcción de santidad que el texto hace de sor Jerónima de la Asunción. Sor Ana y todo el mundo que iban en el viaje estaban convencidos de que iban en compañía de una santa en vida, pero necesitaban pruebas; esta biografía sirvió como tal, y precisamente luego formó parte de su proceso de beatificación. En realidad el texto no es una biografía pura; más bien es un texto híbrido que incluye una sección que relata los pormenores de su viaje, además de incorporar la perspectiva de

<sup>2</sup> Encontré este manuscrito en el convento de Santa Isabel de los Reyes, en Toledo, España, y es la base de mi nuevo proyecto, un libro que trata sobre el grupo fundador de las Islas Filipinas, que está patrocinado por una beca del "National Endowment for the Humanities", del gobierno estadounidense. Agradezco mucho a las monjas del convento su ayuda y amabilidad. Todas las citas de sor Ana de Cristo vienen del manuscrito, y para no alargar las notas de este ensayo he puesto las páginas directamente en el texto después de las citas directas.

sor Ana en primera persona y sus propias razones por tomar la pluma. Como muchos otros textos escritos por religiosas durante la edad moderna, el manuscrito de sor Ana nunca fue publicado; sin embargo fue usado por otros biógrafos masculinos que sí publicaron sus obras: el primero por fray Ginés de Quesada,<sup>3</sup> que fungió como el confesor de sor Jerónima durante los últimos meses de su vida (escrito en 1632, pero no publicado hasta 1713), y el segundo por Bartolomé de Letona,<sup>4</sup> que nunca conoció a sor Jerónima, pero tuvo la oportunidad de entrevistar a algunas de las monjas que la trataron. Se supone que la fundadora de Toledo también era una escritora prolífica, pero con excepción de algunas de sus cartas, se han perdido todos sus escritos.<sup>5</sup> Ambos —sor Ana y Quesada— tuvieron acceso a la escritura de sor Jerónima, en particular su autobiografía titulada "Carta de marear en el mar del mundo", de la cual sacaron información para sus biografías, incluyendo transcripciones de su poesía.<sup>6</sup> Ya que sor Ana conoció a sor Jerónima íntimamente por más de 50 años y fue testigo ocular del uso y distribución de las cuentas benditas de Juana de la Cruz, este análisis se basa en su crónica del viaje; sin embargo, habrá veces que también usaremos la

<sup>3</sup> Fray Ginés de Quesada escribió la biografía antes de marcharse a Japón en 1632, donde murió mártir el 7 de junio de 1634 en Osaka. *Exemplo de todas las virtudes, y vida milagrosa de la venerable madre Gerónima de la Assumpción, Abadesa, y Fundadora del Real Convento de la Concepción de la Virgen Nuestra Señora, de Monjas Descalzas de nuestra Madre Santa Clara de la Ciudad de Manila, México*, por la viuda de Miguel de la Rivera, 1713. Para este trabajo he usado la transcripción del libro de Quesada que se encuentra en *Congregatio Causis Sanctorum. Manilen, Beatificationis et Canonizationis Ven. Servae Dei Sororis Hieronymae ab Assumptione (in saec. H. Yañez), Fundatricis et primae Abbatissae Monasterii Monialium Excalceatarum S. Clarae Ordinis S. Francisci... Positio super Vita et Virtutibus*, Roma, 1991.

<sup>4</sup> Bartholomé de Letona, *Perfecta religiosa*, Puebla, Viuda de Juan de Borja, 1662. Letona estuvo en las Filipinas entre 1649-1654.

<sup>5</sup> Pedro Ruano, OFM, *Jerónima de la Asunción: Poor Clares First Woman Missionary to the Philippines*, Quezon City, Monasterio de Santa Clara, 1991, pp. 84-96.

<sup>6</sup> María Victoria Triviño (ed.), *Escritoras clarisas españolas*, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1992, p. 47.

biografía de Quesada para descifrar el significado y suplementar datos. La combinación del volumen más pulido de Quesada, junto con la narración en primera persona de sor Ana, pintan un cuadro mucho más completo del periplo y las circunstancias relacionadas con el legado de Juana de la Cruz y la construcción de una posible santa.

A la edad de 65 años y antes de emprender el viaje, sor Jerónima ya tenía muchos seguidores en España —sus hermanas en el convento de Santa Isabel de los Reyes en Toledo—, junto a frailes franciscanos y otros nobles —los cuales pensaban que podría ser una santa—. Por esa época ya había pasado la mayoría de su vida privándose de todas las comodidades materiales, alimentándose de pan y agua, envolviendo su cuerpo esquelético con cilicios, y ocupándose de los pobres, enfermos y desamparados. A lo largo de los años Jerónima había tenido varios puestos importantes en el convento de Toledo como maestra de novicias, donde enseñó a muchas jóvenes a leer, incluso a sor Ana. Pero porque nunca gobernó el convento como abadesa, probablemente sor Jerónima vio esto como su única oportunidad de encabezar un nuevo convento bajo la Primera Regla de Santa Clara, a pesar de que iba a tener que trepar dos hemisferios para hacerlo. No obstante, por su edad avanzada, sus seguidores seleccionaron un pequeño grupo de religiosas con una doble intención, a saber, que sor Jerónima tuviera acompañantes en el largo viaje de 16 meses (con seis de parada en México) y, además, que dicho grupo constituyera el modelo fundador del futuro convento de clarisas en Manila. Sus compañeras de viaje fueron sor Ana y tres otras monjas (dos novicias) de su comunidad original de Toledo, dos monjas de un convento de Cubas, una monja de velo blanco de Belalcázar (situada cerca de Sevilla), y otras dos monjas que se juntaron al grupo durante su estancia en México.<sup>7</sup> Todas ellas tuvieron

<sup>7</sup> Del convento de Santa Isabel de los Reyes, Toledo: Jerónima de la Asunción, Leonor de San Francisco, Ana de Cristo, Juana

un papel importante en la fundación del convento; excepto una de ellas, que murió poco después de zarpas del puerto de Acapulco.

Parte del enfoque de este artículo se relaciona con las dos monjas procedentes del convento de Santa María de Cubas, en particular sor María Magdalena de la Cruz (1575-1653). Sor María Magdalena fue nombrada vicaria de la fundación de Manila, un puesto prestigioso, pues la colocaba en segundo lugar justo después de sor Jerónima. A primera vista, tal vez parezca extraño que se incluyan monjas fuera del convento de Toledo, pero después de leer la relación de sor Ana podemos deducir que no fueron seleccionadas al azar. Probablemente formaron parte del grupo fundador de las Islas Filipinas por su conexión con el convento de Cubas y con el culto de su antecesora, Juana de la Cruz (1481-1534), conocida como “santa” Juana. Aunque nunca fue canonizada, sor Juana se labró un espacio como mística y predicadora. No fue hasta 80 años después de su muerte que unos frailes franciscanos dieron los primeros pasos en los procesos apostólicos de canonización, los cuales siguen hasta hoy en día.<sup>8</sup> Durante la primera etapa, entre 1614 y 1616, se entrevistaron a 87 testigos usando un cuestionario de 28 preguntas. Entre otros entrevistados estaba sor María Magdalena de la Cruz, del convento de Cubas.<sup>9</sup>

Existe una serie de sermones recogidos en el libro *El conhorto* que reflejan comunicación directa del Espíritu Santo y la Virgen María con Juana; esta

de San Antonio y Luisa de Jesús (antes de profesar se llamaba Luisa de San Francisco). Del convento de Santa María de la Cruz, Cubas: María Magdalena de la Cruz y María Magdalena de Cristo. Del convento de Santa Clara de la Columna, Belalcázar: María de la Trinidad. Del convento de la Visitación (Santa Isabel), ciudad de México, Leonor de San Buenaventura y María de los Ángeles.

<sup>8</sup> El proceso se cerró (en la tercera etapa) en 1731, pero hace relativamente poco se reabrió en 1985. Inocente García de Andrés, *El Conhorto: Sermones de una mujer. La Santa Juana (1481-1534)*, vol. 1, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1999, p. 68.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 131-139.

experiencia mística ocurrió durante 13 años entre cinco y seis horas cada domingo. Dignitarios importantes, nobles y oficiales eclesiásticos, incluyendo al emperador Carlos V y al Cardenal Cisneros, asistieron a esta especie de sermones.<sup>10</sup> Otra monja de su convento, sor María Evangelista, que supuestamente era analfabeta, parece ser que recibió el don de leer y escribir por milagro divino con el único fin de componer la primera biografía de Juana. Su obra inédita, *Vida y fin de la bienaventurada Virgen Santa Juana de la Cruz* (en adelante citada como *Vida y fin*), contiene dos voces: una en primera persona escrita por dictado de Juana, y la otra en tercera persona donde sor María Evangelista añadió sus propios comentarios.<sup>11</sup> El uso de amanuenses no fue el único al caso de Juana de la Cruz, ya que el dictado se vio como un método muy común por muchos escritores religiosos desde la Edad Media, desde Tomás de Aquino a Hildegard de Bingen.<sup>12</sup>

Es obvio que sor Ana, en la construcción de la biografía de sor Jerónima, se sintió inspirada por sor María Evangelista. De diferentes maneras, sor Ana siguió los pasos de la analfabeta sor María Evangelista, e incluso escribió la biografía de sor Jerónima (también una posible santa) con base en este modelo. En su capítulo “Relación de cómo y cuándo se comenzó a escribir la historia de nuestra madre Jerónima de la Asunción...”, sor Ana explica que

<sup>10</sup> Se cree que sor María Evangelista sirvió como amanuense de sor Juana de la Cruz para la mayoría de estos sermones. Hay mucho escrito acerca de Juana de la Cruz; entre otros, véase Ronald E. Surtz, *The Guitar of God. Gender, Power, and Authority in the Visionary World of Mother Juana de la Cruz (1481-1534)*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1990; Daniel de Pablo Maroto, “La ‘Santa Juana’, mística franciscana del siglo XVI español. Significación histórica”, en *Revista de espiritualidad*, vol. 60, 2001, pp. 577-601; y Jessica A. Boon, “Mother Juana de la Cruz: Marian Visions and Female Preaching”, en *A New Companion to Hispanic Mysticism*, Leiden-Boston, Brill, 2010, pp. 127-148.

<sup>11</sup> El manuscrito original se encuentra en la Real Biblioteca del Monasterio, El Escorial, K-III-13. Véase también Jessica A. Boon, *op. cit.*, p. 128, y Pablo Maroto, *op. cit.*, p. 587.

<sup>12</sup> Para estos ejemplos y otros, véase Jessica A. Boon, *op. cit.*, pp. 135-136.

primero fue la madre vicaria, sor María Magdalena (originaria del convento de Cubas), quien la mandó a escribir la biografía: “Escribe la vida de nuestra Madre, que para eso se lo enseñaron [...]” (f. 68v). Según sor Ana, ella misma se rió cuando escuchó estas palabras porque también su padre, el comisario fray José de Santa María, la había ordenado hacerlo: “pues el padre comisario lo dice y yo lo deseo [...]” (f. 68v). Prosigue explicando que en ese momento se acordaba de haber leído sobre la santa Juana: “[...] me acuerdo que en Toledo [...] leía yo el libro de la santa Juana de la Cruz, cómo escribió su vida una monja que no sabía leer ni escribir; dentro de mí me dio una alegría [...]” (f. 68v). Estaba contenta porque, como la biógrafa de Juana, ella tampoco sabía escribir, aunque sí sabía leer; en otra sección del manuscrito sor Ana explica que fray José de Santa María (el padre comisario que las acompañó en el viaje y después fue su vicario) la enseñó a escribir: “[...] nuestro padre fray José de Santa María, él que nos trajo y me enseñó a escribir [...]” (f. 135v). De hecho este tipo de alfabetización fue bastante común en la España de la temprana modernidad donde el arte de leer y escribir fue enseñado como dos destrezas diferentes, y muchas mujeres que sabían leer nunca dominaron la pluma.<sup>13</sup> Por lo visto fray José y las otras monjas vieron el gran potencial de sor Ana como biógrafa de sor Jerónima (y futura abadesa), porque si no, no la habrían elegido para tal puesto.<sup>14</sup> Al mismo tiempo, una lectura cercana

<sup>13</sup> Véase Anne J. Cruz, “Introducción”, en *Women's Literacy in Early Modern Spain and the New World*, Burlington, Vermont, Ashgate, 2011, pp. 1-2; y Sarah E. Owens, “Monjas españolas en Filipinas: la formación de lectura y escritura de sor Ana de Cristo”, en *Letras en la celda. Cultura escrita de los conventos femeninos en la España Moderna*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2014, pp. 379-392. Véase también el trabajo de Rosalva Loreto López, “Las formas de la escritura femenina, un aporte a la espiritualidad barroca novohispana. Siglos XVII y XVIII”, en *Camino a la santidad. Siglos XVI-XX*, México, Condumex, 2003, p. 74.

<sup>14</sup> Según Domingo Martínez, *Compendio histórico de la apostólica provincia de San Gregorio de Filipinas de religiosos menores*

de su manuscrito revela una base intelectual muy sólida para su tiempo: cita a muchas personas relacionadas a los franciscanos (religiosos y seculares), líderes eclesiásticos importantes como el Papa, el arzobispo de Toledo y muchos otros dentro de la orden franciscana, y también menciona a oficiales significativos, como el gobernador de Manila. Tal vez es verdad que no hubiera tenido mucha práctica con el papel y la tinta; en cualquier caso sí es verdad que no tardó mucho tiempo en aprender.

Las anécdotas de sor Ana que cuentan su camino hacia la escritura evidencian la esfera de gente que la inspiraba a componer la biografía de sor Jerónima. Es decir, en vez de sólo mencionar que sintió el deseo de escribir la relación, añadió la aprobación de fray José para realizarla; de esta manera se conformaba con los estándares patriarcales de su época al seguir los mandatos de un prelado masculino. Además, la posibilidad real del acto de escritura por milagro divino la inspiraba a escribir su biografía,<sup>15</sup> y es a través de su compañera, la madre vicaria, que se acordaba de que, como sus antecesoras de Cubas, tenía la posibilidad de ser una narradora divina: “La gracia y favor del Espíritu Santo sea en mi ayuda para que una obra de tanta importancia se haya fijado de tan pobre sujeto” (f. 1v).

Aunque sor María Magdalena de la Cruz no es el enfoque central de este estudio, sería remiso no detallar, aunque sea brevemente, sobre su influencia dentro del convento en Manila, no sólo

en sor Ana, sino en las otras monjas. Sor María Magdalena también fue una escritora prolífica. Entre otros textos, escribió un manuscrito inédito de tres volúmenes que se llama *Floresta franciscana...*,<sup>16</sup> y sirvió como amanuense para otra de las fundadoras del convento en Manila, sor Juana de San Antonio (1588-1660).<sup>17</sup> En 1634 sor María Magdalena y varias otras religiosas de España y Manila fundaron el primer convento de clarisas en Macao. Después de pasar una década en China, primero como vicaria y después como abadesa, sor María Magdalena y dos otras monjas españolas regresaron por la fuerza a Filipinas. Todo esto ocurrió cuando los portugueses expulsaron a los españoles de Macao. Durante su viaje de regreso, en una historia que suena casi como trama de película de aventuras de Hollywood, la nao que llevaba a las monjas fue capturada cerca de la costa de Cochinchina. Aunque fueron condenadas a muerte por el rey chino, se supone que sor Magdalena negoció su libertad y pudieron regresar a Manila.<sup>18</sup>

Sabemos que sor María Magdalena leyó la biografía inédita escrita por sor María Evangelista porque lo dice claramente en su testimonio en los procesos apostólicos sobre la vida milagrosa de sor Juana de la Cruz: “[...] el cual [*Vida y fin*] ha leído muchas veces esta testigo y sabe que todo lo contenido en él, lo afirman las dichas antiguas como cosa pública y notoria”.<sup>19</sup> Lo que no sabemos a ciencia cierta es si

*descalzos...*, Madrid, Viuda de Manuel Fernández, 1756, p. 241, “Cuando tomó el hábito, no sabía leer, ni conocía las letras. Y deseando la prelada, por su virtud, aplicarla para el ejercicio del coro, la impuso en el ejercicio de las letras; y antes de profesar, ya sabía leer en latín con admiración [...]”. Asunción Lavrin, *Brides of Christ*, Stanford, Stanford University Press, 2008, pp. 310-311, señala la importancia de la educación básica de las líderes de los conventos.

<sup>15</sup> Para el tema de la escritura milagrosa véase Darcy Donahue, “Wondrous Words: Miraculous Literacy and Real Literacy in the Convents of Early Modern Spain”, en *Women's Literacy...*, *op. cit.*, pp. 108-116.

<sup>16</sup> Sor María Magdalena de la Cruz, *Floresta franciscana de ilustraciones celestiales cogida al hilo de la oración en la aurora de María...*, 3 vols., manuscritos, Madrid, Archivo Franciscano Ibero-oriental (AFIO), 387/1, 387/2, 387/3.

<sup>17</sup> Este manuscrito, “Noticias de la verdad y luz de los divinos atributos”, de 770 folios y dividido en cuatro volúmenes, se encuentra en el archivo del monasterio de clarisas de Santa Isabel de los Reyes, Toledo.

<sup>18</sup> Véase Domingo Martínez, *op. cit.*, libro segundo, pp. 38-40; María Victoria Triviño, *op. cit.*, pp. 104-105; María Isabel Barbeito Carneiro, *Mujeres y literatura del siglo de oro. Espacios profanos y espacios conventuales*, Madrid, Safekat, 2007, pp. 353-359.

<sup>19</sup> El Proceso Toledano, f. 44, *apud* Inocente García de Andrés, *op. cit.*, p. 25.

sor Ana había leído la biografía de sor María Evangelista sobre Juana de la Cruz o si había leído una de las biografías publicadas acerca de la “santa” de Cubas de Antonio Daza (1610; 1613) o de fray Pedro Navarro (aunque el último parece menos probable porque no publicó su obra hasta 1622, después de que las monjas salieron de España).<sup>20</sup> Era común que las religiosas circularan manuscritos dentro de sus conventos y órdenes, pero sor Ana menciona haber leído específicamente de la biógrafa analfabeta y no la obra de su pluma. Daza publicó su biografía *Historia, vida y milagros de la bienaventurada virgen Santa Juana de la Cruz* en 1610; y hay otra edición revisada por la Inquisición en 1613.<sup>21</sup> Su obra, como era costumbre en la época, usaba mucho del manuscrito de sor María Evangelista (algo que ocurriría con sor Ana y con los futuros biógrafos de sor Jerónima), aunque sí se refiere a la monja analfabeta que aprendió a leer y a escribir por milagro divino. La biografía de Daza se convirtió en un *best seller* casi inmediato, con traducciones al francés, italiano, alemán e inglés.<sup>22</sup> En algún momento de su manuscrito, sor Ana hace referencia a la fama de Daza, lo cual sería otro indicio de que ella probablemente había leído su obra.<sup>23</sup> Según el historiador Stephen Haliczer, quien utiliza a Daza como uno de sus ejemplos, “Probablemente el motivo más importante que impulsaba a los autores emprender la tarea de escribir una biografía fue el deseo de trans-

mitir los logros de sus miembros ejemplares de su orden”.<sup>24</sup> Ambas ediciones de Daza, de 1610 y 1613, habrían proveído información valiosa a sor Ana. Daza habla de los poderes milagrosos atribuidos a las cuentas de Juana, que supuestamente eran rosarios recogidos por toda la comarca que fueron puestos en una arquilla y después fueron elevados al cielo por su ángel de la guardia para que fueran bendecidos por el mismo Jesucristo. Aunque las dos ediciones tienen mucho en común, la edición censurada de 1613 requería que Daza eliminara la palabra “santa” de su título, y cuando se usara la palabra “santa” siempre habría que combinarla con el artículo definido.<sup>25</sup> De esta forma, la llamaba en el texto “la santa Juana” en vez de “santa Juana” (vemos que Navarro hizo lo mismo en su biografía de Juana). En sus biografías, Daza hace mucho hincapié en los poderes milagrosos de los rosarios de sor Juana. La edición revisada de 1613 añade otro capítulo exponiendo los milagros de los rosarios (tiene un total de cuatro capítulos dedicados a las cuentas benditas). Si bien esto no es prueba segura que sor Ana había leído la segunda edición de Daza, es probable ya que se refiera a Juana como “la santa Juana” y nunca como “santa Juana”. No obstante, en su biografía de sor Jerónima, Quesada alterna entre llamar a la monja de Cubas “santa Juana” y “la gloriosa santa Juana” o “la santa Juana”.<sup>26</sup> En un aparte interesante, años más tarde, en el dictado que sor Juana de San Antonio hace a sor María Magdalena, también menciona a Juana y su rosario milagroso en varias ocasiones, pero llama a la monja de Cubas “santa Juana” en vez de “la santa Juana”.<sup>27</sup>

<sup>20</sup> Pedro Navarro, *Favores de el rey de el cielo hechos a su esposa la santa Juana de la Cruz, religiosa de la Orden tercera de N. P. S. Francisco: con anotaciones theologicas y morales a la historia de su vida*, Madrid, Thomas Iunti, 1622.

<sup>21</sup> De aquí en adelante se citará la versión de Antonio Daza, *Historia, vida y milagros, éxtasis y revelaciones de la bienaventurada virgen sor Juana de la Cruz*, Madrid, Luis Sánchez, 1613.

<sup>22</sup> Ronald E. Surtz, *op. cit.*, p. 1.

<sup>23</sup> Véase el cap. LIII, “En que trata de los sucesos que hubo en la venida de Toledo para Manila nuestra muy venerable madre y fundadora Jerónima de la Asunción y sus compañeros”. Sor Ana empieza ese capítulo haciendo una lista de todos los personajes importantes (incluyendo a Daza) relacionados con sor Jerónima y la fundación del convento en Manila.

<sup>24</sup> Stephen Haliczer, *Female Mystics in the Golden Age of Spain. Between Exaltation and Infamy*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 99-100. Traducción mía.

<sup>25</sup> Inocente García de Andrés, *op. cit.*, p. 47.

<sup>26</sup> Para ejemplos véase fray Ginés de Quesada, *op. cit.*, lib. V, cap. 35, pp. 549-552.

<sup>27</sup> Para un análisis de Juana de la Cruz en la escritura de sor Juana de San Antonio, véase Inocente García de Andrés, *op. cit.*, pp. 120-125. Véase también María Victoria Triviño, *op. cit.*, p.

El foco de devoción hacia la cuentas de Juana se convierte en el motivo central por donde gira la biografía de sor Ana sobre sor Jerónima. Considerando que sor Ana leyó la biografía revisada de Daza, ya sabía de estos poderes especiales atribuidos a las cuentas, muchos de los cuales incorpora en su propia crónica. Según Daza:

Las virtudes de estas cuentas son muchas, y por experiencia se conoce que la tienen contra demonios, porque los lanzan de los cuerpos humanos, confesando que salen de los por la virtud de estas cuentas, y huyen de los que las traen consigo. Tienen la también contra el fuego; contra los truenos, rayos, tempestades y tormentas del mar: y contra muchas enfermedades del cuerpo, y del alma. Sanan las calenturas, la peste, y otras enfermedades. Valen contra escrúpulos y tentaciones, y espantos de los demonios.<sup>28</sup>

Supongamos además que sor Ana habría aprendido de Daza que solamente dos de las cuentas originales se quedaron en el convento de Cubas. Daza explica que cualquier rosario que tocara las cuentas originales también tenían los mismos poderes milagrosos, pero sólo las originales podían transferir estos poderes. Daza se refiere a estas últimas como “las tocadas,” lo que hoy en día se ha denominado como reliquias de contacto terciarias, es decir, han absorbido parte del poder de la reliquia original (en este caso los rosarios bendecidos por el Señor) por estar en contacto con ella.<sup>29</sup> Daza enumera muchos ejemplos de los milagros causados por las cuentas y cita a sor María Magdalena como testigo de uno de dichos milagros, anunciando su papel impor-

tante como parte del grupo fundador de Filipinas y su conexión con las cuentas benditas.<sup>30</sup> La obra de Quesada también da pistas sobre la procedencia de los rosarios de Cubas. Primero explica que sor Jerónima, sabiendo que quería fundar la comunidad en Manila, había adquirido algunas de las cuentas originales, pero a la vez enfatiza el papel de las dos monjas de Cubas (hijas espirituales de la santa Juana), quienes llevaron consigo una gran cantidad de las cuentas “tocadas”.<sup>31</sup> Tomando en cuenta nuestra investigación sobre los rosarios, seguramente sor Ana entendía que su narración acerca de las cuentas ayudaba a continuar el culto hacia santa Juana por sus poderes curativos y sobrenaturales, mientras a la vez echaba los cimientos respecto a la santidad de sor Jerónima.

Uno de los modos más rápidos para fomentar devotos de una futura santa en la edad temprana moderna era a través de la distribución de cuentas de rosario. De hecho, varias mujeres del siglo XVII, como la famosa sor María de Agreda, aseguraban que las cuentas tenían poderes protectores y curativos.<sup>32</sup> Además de distribuir sus propios rosarios, sor Agreda supuestamente poseía una cuenta de sor Juana de la Cruz, su retrato y una copia de la biografía de Daza (1613). Precisamente en el texto aparecen subrayadas varias secciones por sor Agreda, como las que se referían al poder de los rosarios.<sup>33</sup> Además de los testimonios orales, otra razón por la cual sor María de Jesús de Agreda y otros codiciaban las cuentas de Juana, es que se circulaba una indulgencia falsa, supuestamente promulgada por el papa Gregorio XIII (1572-1585), que verificaba todos los poderes milagrosos atribuidos a los rosarios.<sup>34</sup> La primera edición de Daza aceptaba la autenticidad de las indulgencias; sin embargo, en la segunda edición mo-

125, quien escribe: “Es evidente el influjo de la Santa Juana en el estilo literario de nuestra escritora [...]”.

<sup>28</sup> Antonio Daza, *op. cit.*, p. 44.

<sup>29</sup> Scott Montgomery, “Contact Relics”, en *Encyclopedia of Medieval Pilgrimage*. Brill Online, [http://brillonline.nl/entries/encyclopedia-of-medieval-pilgrimage/contact-relics-SIM\\_00235](http://brillonline.nl/entries/encyclopedia-of-medieval-pilgrimage/contact-relics-SIM_00235); consultado el 24 de noviembre de 2013.

<sup>30</sup> Antonio Daza, *op. cit.*, pp. 52v-54.

<sup>31</sup> Fray Ginés de Quesada, *op. cit.*, lib. V, cap. 35, p. 551.

<sup>32</sup> Stephen Haliczzer, *op. cit.*, p. 225.

<sup>33</sup> Inocente García de Andrés, *op. cit.*, pp. 125-126.

<sup>34</sup> Stephen Haliczzer, *op. cit.*, p. 269.

---

dificó esos capítulos, rechazando las indulgencias por considerarlas falsas.<sup>35</sup>

Según sor Ana, los poderes milagrosos de las cuentas de Juana de la Cruz ayudaron a su expedición en momentos críticos, de tal forma que pensaba que nunca hubieran llegado a Filipinas sin ellas. Durante las etapas iniciales del viaje, sobre todo en México, la identidad de las mujeres como religiosas clarisas, combinado con el hecho de tener dos monjas del convento de Cubas, ayudó al grupo a conectar con los habitantes locales —religiosos y seculares— que, a veces, les daban alojamiento y suministro para el viaje. En su narración del periplo a Filipinas, para poder llegar a un equilibrio entre su devoción hacia sor Juana de la Cruz y su apoyo de la posible santidad de sor Jerónima, sor Ana entreteje la conexión entre sor María Magdalena de la Cruz y su antecesora, sor Juana de la Cruz. De hecho muchos seguidores de Juana de la Cruz vieron a la vicaria María Magdalena como su conexión más cercana a la santa de Cubas. Por ejemplo, cuando estaban en la ciudad de México rogaron a sor María Magdalena que se quedara a fundar un convento bajo la Primera Regla de Santa Clara. Su respuesta aclara su devoción hacia sor Jerónima: “Respondió que por la misma dejó la santa por otra santa que no haría otra cosa sino acompañarla” (f. 90).

El grupo fundador estuvo seis meses en la ciudad de México, la mayoría del tiempo en el convento de clarisas de la Visitación (Santa Isabel), mientras esperaban el permiso para embarcar en el siguiente galeón a Manila. Antes de marcharse de la capital se alojaron tres noches en el convento de Santa Clara y tres en el de San Juan de la Penitencia. Durante su estancia en la ciudad, muchas monjas de comunidades diversas querían juntarse al grupo fundador, pero sólo dos fueron admitidas de la Visitación: Leo-

<sup>35</sup> Antonio Daza, *op. cit.*, pp. 40v-41v. Un edicto inquisitorial de 1605 renunció a las indulgencias por falsas. Inocencio García de Andrés, *op. cit.*, pp. 38-37.

nor de San Buenaventura (vicaria de ese convento mexicano) y María de los Ángeles (enfermera).<sup>36</sup> Es durante esta sección de su crónica del viaje que sor Ana describe en detalle cómo sor Jerónima se quedó firme en su deseo de llevar lo mínimo a Manila:

Muchas personas le ofrecían retablos que llevase a Manila y cantidad de limosnas y no quiso tomar nada diciendo que una cruz de caña le bastaba para dar principio a su convento porque tuviese grandes fundamentos, admitió tan solamente un santo crucifijo de nuestro Padre Alonso de Montemayor, y de una imagen grande de la Concepción que está en el retablo de pincel; también le presentaban otras de plata y de oro, relicarios y cosas muy curiosas, respondía que aquello era de grandes señores no de monjas y lo mismo nos mandó ninguna recibiese nada que tanto se defrauda la pobreza [...] (f. 90).

Esta cita enfatiza la determinación de sor Jerónima de fundar el convento bajo la estricta Primera Regla de Santa Clara. Probablemente aceptó la pintura de la Concepción porque ese sería el nombre oficial del convento en Manila: Convento de Madre de Dios de Concepción (aunque hasta hoy en día se conoce comúnmente como el convento de Santa Clara). En la opinión de Ángela Muñoz Fernández, fue común que las comunidades religiosas del siglo xvii tuvieran una pintura devocional: “[...] se destacan como tendencia: el predominio de un cuadro de advocaciones de fuerte inclinación evangélica, litúrgica e incluso dogmática”.<sup>37</sup> Muñoz Fernández explica también que era costumbre referirse a la Virgen María con títulos generales como la Concep-

<sup>36</sup> Sor Ana y Quesada mencionan que estas dos monjas eran de la Visitación, y Josefina Muriel, *Conventos de monjas en la Nueva España*, México, Jus, 1946 [1995], p. 217, también las señala como parte del grupo fundador de Filipinas.

<sup>37</sup> Ángela Muñoz Fernández, *Acciones e intenciones de mujeres: Vida religiosa de las madrileñas (ss. xv-xvi)*, Madrid, Horas y Horas, 1995, p. 61.

ción, la Esperanza, la Misericordia, la Asunción y la Natividad.<sup>38</sup> Asimismo, la aceptación de sor Jerónima de esa imagen refleja su apoyo en la campaña franciscana de la Concepción Inmaculada, un movimiento devocional immaculista que se basó en la creencia de que la Virgen María fue preservada de todo pecado desde su concepción.<sup>39</sup>

Mientras que estaban en el convento de la Visitación las españolas vivían codo con codo en una comunidad muy diversa que incluía gente indígena y africana —criadas y esclavas— algo que era muy común dentro de los conventos grandes de la Nueva España. Allí conocieron a una criada indígena que trabajaba en la enfermería y cuidó de su compañera, sor María de la Trinidad, después de que se cayera de una escalera. Según sor Ana era “una india llamada Inés de buena vida” (f. 90v), que profesó una devoción muy especial hacia la monja de Cubas, hasta tal punto que rezaba a una imagen suya que tenía el convento. Esta sección del manuscrito no sólo señala el legado de sor Juana de la Cruz fuera de España, sino también ilumina su influencia dentro de los diferentes grupos étnicos en los conventos novohispanos.

Aunque sor Ana jamás se refiere a las cuentas benditas en la curación de sor María de la Trinidad, explica cómo en otras ocasiones las monjas molieron las cuentas como una medicina potente contra enfermedades. Nunca se especifica la sustancia de

las cuentas, pero, según Daza, podrían haber sido formadas de cualquier cosa como azabache, madera, coral o vidrio.<sup>40</sup> Se hace referencia por primera vez a los poderes curativos de las cuentas cuando el pequeño grupo partió en mula de la ciudad de México hacia el puerto de Acapulco. Incluso para el viajero más experimentado, el terreno difícil de la marcha hacia la costa resultaba un obstáculo formidable. “El camino de China”, como se conocía en esa época, no era nada más que un sendero que cruzaba montañas altas, pasaba por bosques densos y atravesaba arroyos y ríos bravos.<sup>41</sup> Los muleteros tenían que cubrir aproximadamente 110 leguas (300 kilómetros) pasando por los estados de lo que hoy se conoce como Morelos y Guerrero. La pequeña expedición paraba en sitios muy remotos, sobre todo en la zona cerca del río Papagayo y la sierra del mismo nombre, cuyos habitantes eran en su gran mayoría indígenas, junto con unos pocos frailes franciscanos y dominicos. A pesar de su brevedad, la descripción de sor Ana ejemplifica los peligros de esta región salvaje:

Íbamos caminando con mucho contento por unos caminos muy ásperos de peñascos altísimos y en subiendo uno de esta suerte luego bajaba tanto que los que estaban arriba apenas determinaba las que estaban abajo y algunos senderos tan angostos como un ladrillo que a tropezar la mula cayeran despeñadas como de una alta torre y este extremo más de sesenta leguas (f. 92).

Las monjas, que habían pasado casi todas sus vidas detrás de los muros enclaustrados de su convento, ahora les dolían las posaderas de tanto montar. Una de las toledanas, la madre Leonor de San

<sup>38</sup> *Idem*.

<sup>39</sup> Hay muchas posibles conexiones y personajes relacionados con la campaña immaculista, entre ellos sor Juana de la Cruz y el cardenal Cisneros; y Daza y su hija espiritual, la madre Luisa de la Ascensión (la famosa abadesa del convento de Santa Clara de Carrión de los Condes, en España), que en 1619 fundó la “Hermandad de defensores de la Purísima Concepción” —una cofradía española que en 1623 tenía más de 140 mil miembros—. Véase Fermín Labarga, “El posicionamiento immaculista de las cofradías españolas”, en *AHlg*, vol. 13, 2004, pp. 23-44; y Elizabeth Leffeldt, *Religious Women in Golden Age Spain*, Burlington, Ashgate, 2005, pp. 170-172. Véase también Antonio Daza, *Libro de la purísima Concepción de la Madre de Dios*, Madrid, 1620.

<sup>40</sup> Antonio Daza, *Libro de la purísima...*, *op. cit.*, p. 42v.

<sup>41</sup> Para una descripción de ese viaje entre Acapulco y la ciudad de México, véase William Lytle Schurz, *The Manila Galleon*, Nueva York, E. P. Dutton & Co., 1959 [1919], pp. 384-387.

Buenaventuras, sufrió de unas hemorroides tan malas que las hermanas temieron que fuera a sufrir de cólico; para remediarlo, le dieron “una cuenta de santa Juana molida en un trago de agua y hecho esto estuvo buena de todo” (f. 92v). Otro obstáculo grande, tal vez aún peor que el camino áspero, fueron las nubes de mosquitos que atacaban al grupo. Sor Ana resume la situación así: “llegamos a otro lugar que había el cura diciendo misa y dos sacristanas a los lados con desaventadores quitando mosquitos porque había infinitos” (f. 93). Es probable que esos mosquitos transmitieran enfermedades, como la malaria, que podrían haber infectado a las monjas españolas, provenientes de los lugares secos de Castilla y Andalucía donde nunca habían estado expuestas a las enfermedades tropicales. Mientras esperaban la nao de China en el puerto de Acapulco, sor Ana describe cómo todas sufrían de fiebres intermitentes (uno de los síntomas clásicos de malaria), pero nadie peor que sor Jerónima. De hecho, todos pensaban que se iba a morir cuando se recuperó en el último momento: “pero, Dios lo remedió dándole tales fuerzas que hoy la dieron el viático y mañana se fue al mar por su pie” (f. 93v). Sor Ana nunca menciona el remedio específico; sin embargo, Quesada atribuye su recuperación milagrosa a una cuenta molida: “Verdad es (y muy digna de notar) que aquella tarde antes, le dieron una cuenta de santa Juana molida en un poco de agua: y ésta sola medicina con la mucha fe de las que le dieron, y de quién la recibió bastó para obrar aquel milagroso efecto”.<sup>42</sup>

Debido al hecho que todos temieron que sor Jerónima no saliera de Acapulco con vida, la muerte repentina de la madre María de la Trinidad tomó al grupo por sorpresa. Poco después de zarpar hacia Manila, dicha religiosa sufrió de “cámaras”<sup>43</sup> con

una gran calentura, y falleció a los cinco días. A pesar de que sor Ana no menciona los rosarios como medicina, sí dice que no respondió a ningún remedio (de lo cual podemos deducir que le dieron una de las cuentas). En el día sexagésimo del viaje marítimo, sor Jerónima sufrió de los mismos síntomas mortales. Pensando que estaba a punto de morir, el obispo de la Nueva Segovia y fray José empezaron a discutir lo que iban a hacer con el cuerpo de sor Jerónima (ya habían sepultado a María de la Trinidad en el mar).<sup>44</sup> Como último recurso, la madre vicaria pidió intercesión de la santa Juana y, después de dar a la monja una cuenta molida, se empezó a recuperar. Esta circunstancia, entre otras, refleja la importancia de la vicaria sor María Magdalena y su cercana conexión con sor Juana de la Cruz. Quesada añade más información a la descripción dada por sor Ana, explicando que sor Jerónima se recuperó porque le dieron otra de las cuentas originales de santa Juana. Según Quesada, sor Jerónima se molestó con el grupo porque desperdiciaron con ella las cuentas originales, y dijo a sus hijas espirituales: “Vosotras tenéis la culpa: porque lo mismo habían de hacer si fueran tocadas; y valía más que haber guardado las originales, para remedio de dos reinos”.<sup>45</sup>

Los rosarios milagrosos no sólo curaban las enfermedades físicas sino también tenían el poder de calmar a los desamparados y de espantar a los demonios. En un ejemplo destacado que ilumina las realidades terribles de la esclavitud en el mundo marítimo, sor Ana describe cómo una negra llamada María intentó suicidarse tirándose al agua. Los

*de la lengua castellana o española*, Madrid, Castalia, 1611 [1995], pp. 242-243.

<sup>44</sup> Sor Ana describe el funeral marítimo de sor María de la Trinidad: “la difunta se le hizo el oficio muy solemne por obispo y nuestros padres y en lugar del clamor dispararon tres tiros de artillería y cantando resposos la echaron en el mar, vestida y tocada con una cruz en las manos y echándola a la corriente de la proa, su alma darían el premio” (f. 94).

<sup>45</sup> Fray Ginés de Quesada, *op. cit.*, lib. IV, cap. 21, p. 402.

<sup>42</sup> Fray Ginés de Quesada, *op. cit.*, lib. IV, cap. 20, pp. 398-399.

<sup>43</sup> El diccionario de Sebastián de Covarrubias Orozco define “cámaras” como flujo de vientre y enfermedad de disentería. *Tésoro*

marineros la agarraron por los harapos de la saya, y después el capitán ordenó que la ataran al mástil para castigarla. Cuando sor Jerónima escuchó sus gritos, mandó a un fraile con una cuenta para santiguarla: “y ella quedó con lágrimas encomendándose a la santa [...]” (f. 95). Además, parece que la cuenta salvó a María de un demonio negro: “[...] cuando la pusieron la cuenta se quitó de ella un negro que la quería llevar al infierno [...]” (f. 95). En vez de criticar las injusticias de la esclavitud y la crueldad contra María, las monjas estaban mucho más preocupadas por su bien espiritual; por eso intentaron calmarla dándole “muchas cuentas.” Este episodio nos recuerda que las religiosas, aunque tenían mucho interés en seguir la Primera Regla de Santa Clara (que prohibía esclavas y criadas en el convento), trajeron consigo a Filipinas un sistema jerárquico social muy arraigado del Viejo Mundo. A pesar de que no denunciaron el trato de María, sí sentían lástima por ella; la prueba es que le dieron una de sus posesiones más importantes: las cuentas benditas. En fin, mientras sor Ana ofrece al lector un panorama de sus viajes transoceánicos, también da luz a las continuidades y disyunciones culturales de la mentalidad monjil.

Asimismo, además de su poder de curación física y espiritual, de curar las enfermedades físicas y de sosegar el alma de una esclava negra, las cuentas también ayudaron a los tripulantes a guiar la nave a su destino final. Durante varias tormentas, las monjas tiraron cuentas al agua para calmar las bravas olas:

[...] nuestra madre mandó echar una cuenta de la santa Juana en el mar y comenzó la bonanza que estando la tempestad en su punto la madre vicaria tomó un rosario tocado y se le echó al cuello a un santo crucifijo pidiéndole mostrarse la virtud de su palabra y nos librase por aquellas santas cuentas, al punto se partieron todas en forma de cruces y a poco

tiempo se tornaron a juntar tornándose las a poner al mismo Cristo (fs. 94v-95).

En otra ocasión, cuando aflojaban las velas y los marineros creían que arribaban a Japón, sus rezos a la santa Juana hicieron soplar un viento que terminó llevándoles a aguas seguras. Por éstas y otras anécdotas, como cuando los marineros ataron, como último recurso, los rosarios al mástil para salvarse, nos damos cuenta de que la tradición de las cuentas milagrosas de Juana de la Cruz estaba firmemente arraigada dentro de la comunidad marítima.<sup>46</sup> Según Quesada, el culto de Juana de la Cruz ya se había difundido por el Nuevo Mundo. En su capítulo dedicado específicamente a la monja de Cubas escribe: “Pues apenas hay (en lo que yo he visto en la Nueva España y en estas Islas) hombres de moderado caudal, que no tenga y venere su santa imagen: procurando todos tener alguna cuenta suya original o tocada, como una preciosa reliquia”.<sup>47</sup> En ese capítulo Quesada añade a la lista de los milagros los rosarios, subrayando la importancia de las cuentas tanto en la Nueva España como en Asia, a la vez que se percibe en el texto sus intentos de contribuir con los franciscanos a promover la beatificación de Juana de la Cruz: “[...] cuya canonización o beatificación está tan adelantada que con mucha brevedad la espera nuestra Seráfica Orden”.<sup>48</sup> De hecho, cerca de 1684 se reeditó la biografía escrita por Daza en Puebla, precisamente en el intento de promover la causa de Juana de la Cruz.<sup>49</sup> Por lo visto también

<sup>46</sup> Para esta tradición de los misioneros franciscanos en Japón (tan temprano como 1607), véase Lorenzo Pérez, “Mártires de Japón en el año de 1622”, en *Archivo Iberoamericano*, vol. 18, p. 171, n. 2.

<sup>47</sup> Fray Ginés de Quesada, *op. cit.*, lib. V, cap. 35, “De la gran devoción que la Venerable Madre tenía a la gloriosa Santa Juana de Cruz y de los favores que recibió de ella, y maravillas que obró el Señor con sus cuentas”, p. 550.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 549.

<sup>49</sup> Según Doris Bieñko de Peralta, esta reedición fue “a instancias del contador Domingo Fernández Valcárcel, síndico de limosnas para su causa de beatificación”. Véase “Los impresos

sor Jerónima dejó varias cuentas en su celda en el convento de la Visitación, y algunos templos, como Santa Clara de la ciudad de México, guardaban las cuentas benditas de la santa Juana.<sup>50</sup>

Igual que Quesada rinde homenaje a la beatificación de sor Juana de la Cruz junto con las personas involucradas en este proceso, el texto de sor Ana, como un tapiz, teje los coloridos hilos de una gran variedad de figuras religiosas y personajes políticos que poblaban la mentalidad cultural del imperio ibérico en la primera mitad del siglo xvii. Su manuscrito, a veces pulido, otras veces confuso, señala la complejidad de escribir a través de la cual las monjas de la edad temprana moderna necesitaban nadar en las difíciles aguas de las biografías espirituales. Aunque no es el enfoque de este artículo, es notable mencionar que sor Ana también se inspiró en la figura de Santa Teresa de Ávila y en otros íconos religiosos como san Francisco de Asís y su discípula Santa Clara. Además, hace referencias frecuentes a personas menos conocidas, como Mariana de Jesús, una religiosa de la tercera orden de su convento original en Toledo, que vivió una vida bendita.<sup>51</sup> A pesar de que a veces sor Ana recurre a la retórica de la humildad, refiriéndose a sí misma como a “un pobre sujeto”, que no sabía escribir antes de emprender el viaje, es obvio que era una mujer sabia de 55 años antes de salir de España. Su meta principal, como menciona en su prólogo, es documentar la vida virtuosa de sor Jerónima: “esta historia merece por ser digna de crónicas después de sus días” (f. 4). No obstante, se da cuenta de que

novohispanos sobre religiosas clarisas españolas en el siglo xvii”, en *Monacato femenino franciscano en Hispanoamérica y España*, México, Poder Ejecutivo del Estado de Querétaro, 2012, pp. 220-221.

<sup>50</sup> Bieñko, *ibidem*, p. 221, encontró estos casos en su investigación sobre las cuentas de sor Juana de la Cruz.

<sup>51</sup> Mariana de Jesús, ven. vidua. mon. prof. III Ord. Saec. S. Frco. (Escalona 17 feb. 1577, Toledo 8 jul. 1629). Toletan. Decr. Causae Int. 1692. Cfr. Index ac Status Causarum, 1988, p. 233. *Apud Congregatio Causis*, *op. cit.*, p. 690, n. 8.

en algunos aspectos tiene que tener mucho cuidado: “En especial a los que dicen que ya no es tiempo para haber santos” (f. 4). Esto explica el que, probablemente, evitara referirse a Jerónima como “Santa Jerónima”, pero similar a lo que hace con el uso del artículo definido para “la santa Juana,” a veces se refiere a Jerónima como “la santa madre”. Pese a los obstáculos hacia la santidad,<sup>52</sup> sor Ana afirma que su crónica es verdadera, ya que ella es testigo visual: “De esto y de lo demás que dijese [he] visto con los ojos y palpado con las manos” (f. 4). También sabía que tener una santa en vida con ellas en el viaje a Filipinas no sólo daría prestigio a la orden franciscana, sino que justificaría la visión de sor Jerónima de fundar un convento bajo la Primera Regla de Santa Clara. Hay que tener en cuenta que la austeridad de esta regla chocaba con la clase noble de Manila, que quería que sus hijas tomaran el velo en un ambiente relativamente lujoso.<sup>53</sup>

De esta manera, la relación de los rosarios milagrosos narrada por sor Ana fundó las bases para promover una futura santa. A lo largo de su texto, sor Ana compara a Juana con Jerónima; por ejemplo, describe el primer encuentro de las dos monjas de Cubas con sor Jerónima en Toledo. Según la madre vicaria María Magdalena, a pesar de que nunca había conocido en persona a sor Jerónima, cuando la vieron la reconocieron en seguida porque “sintieron el olor y fragancia de celestial cuerpo de la santa Juana de la Cruz” (f. 73). Todavía no había fallecido y ya su cuerpo emitía ese aroma fragante de santidad; este olor es precisamente una de las pruebas que se asocia con los cuerpos incorruptos de los santos después de fallecer. Otra prue-

<sup>52</sup> Para una discusión sobre todos los obstáculos hacia la santidad, incluyendo la bula del papa Urbano VIII de 1634 contra el culto de personas no canonizadas, véase Stephen Halizcer, *op. cit.*, pp. 5-10.

<sup>53</sup> Tuvieron muchos obstáculos, sobre todo financieros, y en realidad nunca consiguieron vivir bajo la Primera Regla. Reginald D. Cruz, *op. cit.*, pp. 274-278.

ba de santidad ocurrió en su camino hacia la costa cuando pararon aproximadamente un mes en Sevilla, tiempo suficiente para que mucha gente devota visitara a sor Jerónima: “[...] acudía mucha gente de todos estados a visitar a nuestra madre atraídos de la fama de su santidad [...] así se juntaba la gente cuando llegaba a la reja de la iglesia como si fuera venida del cielo” (f. 82v). De hecho, fue durante su estancia en Sevilla cuando Diego Velázquez pintó el retrato de sor Jerónima, e incluso hizo varias copias, un testimonio de la creciente fama de la monja toledana.<sup>54</sup> No cabe duda de que estos retratos en vida de la monja ayudarían a difundir la imagen de sor Jerónima en su proceso futuro de beatificación. Por añadidura, más adelante en el texto, sor Ana narraría cómo las monjas en México llegaron a quitar trozos del hábito de sor Jerónima como reliquias, una señal de que ya la veían como una santa en vida. Y hacia el final de la travesía larga del Pacífico, cuando la recuperación de la enfermedad mortal de sor Jerónima sólo se podría haber atribuido a intercesión divina, algunos marineros pidieron a la monja de Toledo que bendijera sus cuentas de rosario: “fueron a tomar la bendición de la santa abadesa, pidiéndole los encomendase a Dios y les tocasen los rosarios” (f. 95v). Sor Jerónima accedió, y así ataron las cuentas a su pequeño barco de vela para rodear la costa. Esta escena representa un cambio de guarda espiritual, transfiriendo el foco de devoción de Juana a Jerónima. Más que nada, la fe de los marineros en las cuentas de sor Jerónima añadía una prueba más en su creciente currículum de santidad.

Para concluir, es posible que si sor Ana no hubiera tenido los sólidos modelos de sor María Evangelista y sor Juana de la Cruz, tal vez nunca habría encontrado la confianza en sí misma para escribir esta

relación. Su biografía sobre sor Jerónima muestra su vasto conocimiento del mundo religioso y cultural en que vivía. Otros también la inspiraban (Daza) y la empujaban (sor María Magdalena y fray José) a documentar sus experiencias con la posible santa. Utilizando el modelo de sus antecesores, sor Ana entendía la importancia de incorporar las cuentas milagrosas en su relación; primero las de sor Juana de la Cruz, y después las tocadas por sor Jerónima. Más que nada tomó un paso muy importante en promover el culto hacia sor Jerónima: su biografía fue la primera que se escribió acerca de la fundadora del primer convento en el Extremo Oriente (constituyéndose como parte esencial en el proceso futuro de canonización, que continúa hasta hoy día). Como Daza y Navarro, quienes recurrían a la escritura de sor María Evangelista para escribir sus propias biografías, Quesada y Letona también utilizaban secciones del manuscrito de sor Ana para crear sus obras sobre sor Jerónima.

A sor Ana no le hubiera pasado por la mente que se publicaría su manuscrito; lo que ella pretendía era circularlo entre las profesas y que sirviera como base de relaciones futuras. Por otra parte, incluyó en su texto muchos detalles para proveer suficientes pruebas sobre la vida bendita de sor Jerónima. Poco después de la muerte de ésta, en 1630, la Iglesia católica dio los primeros pasos hacia su beatificación. Sor Ana fue abadesa en Manila en ese tiempo. Durante su vida, y ahora, después de su muerte, sor Ana fue testigo del creciente fervor de los devotos de sor Jerónima. Muchas personas de diferentes culturas y etnias llegaron al convento para ver el cuerpo bendito de la monja toledana; este fenómeno subraya la atracción de la posible santa en muchos sectores de la sociedad filipina: “[...] acudieron en general todas las personas de esta república de todos estados eclesiásticos y secular hombres y mujeres a su convento a pedirles dejasen ver el cuerpo de la santa abadesa a clamarla por

<sup>54</sup> Véase Tanya J. Tiffany, *Diego Velázquez's Early Paintings and the Culture of Seventeenth-Century Seville*, University Park, The Pennsylvania State University Press, 2012, pp. 49-76.

---

santa con general aplauso no sólo por los españoles sino por los demás naciones, indios, chinas y japoneses recién convertidos a la fe [...]”<sup>55</sup> Incluso fue necesario poner guardias al lado del cuerpo para que los seguidores de sor Jerónima no sacaran trozos tanto de su hábito como de su cuerpo, aunque sí de-

jaron que los tocaran con sus rosarios: “[...] viendo que no podían llevar reliquias de su venerable cuerpo y vestido, tocaban en él sus rosarios [...]”<sup>56</sup> De esta manera los devotos por lo menos consiguieron que las cuentas de sus rosarios fueran tocadas a lo que ellos creían era un cuerpo santificado.



<sup>55</sup> Archivo Secreto Vaticano (ASV), Congr. Riti, Processus 1654, pp. 24v- 25.

<sup>56</sup> *Ibidem*, pp. 25-25v.